



SE LLAMARÁ MAGDALENA

Pilar Berrio

SE LLAMARÁ MAGDALENA



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pilar Berrio

ISBN: 978-84-19151-00-1

ISBN digital: 978-84-19151-01-8

Depósito legal: M-2729-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Ferrol, ciudad que me acogió hace más de veinte años y
que ya es la mía. Esta novela es un canto de amor hacia ella y
hacia sus gentes.*

Madrid, 25 de abril de 1772

Mi querida Magdalena:

Noto que los años me pesan, que mis manos apenas tienen fuerza. Que pronto tendré que dar cuenta de mis misiones, pero no ante ministros y reyes, sino ante el Señor de todo lo creado. Es momento de balances y reflexiones. Confío en poder acudir a vuestro lado para la inauguración de la iglesia de San Julián. Comprenderéis cuánto ansío ver con mis propios ojos, hecha piedra, la ciudad que soñé con construir. Será mi despedida.

Pero quizá deba comenzar la historia por el principio. Por si tus sobrinos o tus futuros discípulos alguna vez te preguntan por mí. Diles que, puesto ya el pie en el estribo, veo así la historia de nuestra patria y la mía propia.

Tal vez ahora sonreiréis pensando que ya está don Jorge con sus historietas de siempre. Puedo intuir que estaréis diciendo que muchas cosas de las que os escribo ahora ya las sabéis de sobra ya que a mí mismo me las habéis oído muchas veces. Pero permitid, dada la solemnidad de las horas que sé que se avecinan, que os las repita para asegurar que queden dichas. Será algo así como mi legado.

Cuando yo nací en el año del Señor de 1713, se está firmando en Europa la Paz de Utrecht que confirma a nuestro rey y señor, Felipe v, en el trono de un imperio roto. Destrozado a partes iguales por los errores propios y por las *vendettas* ajenas. Cierto es que, tras Felipe II, no hubo en nuestros reinos hispánicos, que su padre el emperador había heredado de cuatro casas poderosas, otro rey igualmente capaz y trabajador. Así, los sucesivos Austrias menores solo fueron a trompicones dilapidando tamaña heredad

con torpes medidas: expulsión de los moriscos, guerras sin cuento, gastos suntuarios, abandono de los deberes de gobernanza en manos de validos llenos de nepotismo y ambición personal.

Ya mentes lúcidas como las de Quevedo nos anunciaban el desastre:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.*

Pero el brillo de la mejor pléyade de artistas plásticos y literarios puede que no permitiera a todos ver tamaña evidencia.

Tras la muerte sin heredero de aquel desgraciado que solo mueve a piedad llamado Carlos II, las naciones enemigas: Inglaterra, Países Bajos, la misma Francia, vieron su momento de saldar cuentas con su enemigo secular. Cualquier solución pasaba por repartirse el botín. El *Rey Sol*, Luis XIV, consiguió en Utrecht que su nieto mantuviera el trono, pero a cambio de trinchar y trocear el Imperio español y servirlo como despojo de hienas hambrientas.

España pierde sus últimos territorios europeos (Nápoles, Sicilia, Milanesado), no así los americanos. Es una fiera herida que ya no puede presumir de hegemonía alguna. Pero el rey Felipe, tal vez por ambicioso, se empeñó en sanarla. Se rodeó de sagaces consejeros y, especialmente, de una segunda mujer, Isabel de Farnesio, más ambiciosa que él si cabe. Y comenzó a recomponer las piezas de la criatura llagada. Medidas como las Reales Academias, como las Reales Fábricas, como las expediciones científicas son una bocanada de esperanza.

Los hijos de Felipe V, Fernando VI y Carlos III, especialmente este último, nuestro rey y señor que Dios

guarde muchos años, continuaron y agrandaron la labor reformista iniciada por su padre, no sin oposición de parte de la más rancia aristocracia o de algún sector de la Iglesia. Los tres monarcas supieron apoyarse en políticos que, a su vez, se sirvieron de prohombres que llevaron a cabo las reformas.

De entre estos consejeros, hemos de citar a dos que para mi propia historia son de sumo interés. José Patiño y Rosales, nacido y formado en Italia, apoyó a la Casa de Borbón en la guerra sucesoria y trabajó en distintos cargos hasta llegar a ser secretario de Estado con Felipe v. Como intendente de Marina, se preocupó especialmente de revitalizar la flota y el tráfico comercial con ultramar. Publicó unas Ordenanzas de la Armada, construyó el Arsenal de La Carraca y creó la Compañía de Caballeros Guardiamarinas. Impulsó la construcción de buques de guerra y decidió mi intervención en la mayor aventura de mi vida que ya conocéis: la expedición de la medición del meridiano en Quito.

Zenón de Somodevilla y Bengoechea, 1 marqués de la Ensenada, reclutado en Cádiz por el propio Patiño, escaló diversas posiciones en la administración naval y llegaría a ser el hombre de confianza, hasta su repentina caída en desgracia, del rey Fernando vi. Ostentó los cargos de secretario de Estado de Hacienda, Guerra, Marina e Indias. Son incontables las reformas que impulsó, como su conocido catastro de 1749. Supo entender que todavía no era tarde para reverdecer viejos laureles, comprendió que una nación que se precie habría de preservar sus fronteras con firmeza, tanto las terrestres como las marítimas. Estas últimas, en un imperio transoceánico que tenía como medio de comunicación entre los virreinos de Nueva España, del Perú, de Nueva Granada, entre la Capitanía General de las Filipinas, varios mares procelosos, debía cuidar su Marina. Que no podía dejarse vencer por el empuje y la técnica de

otras naciones enemigas como la inglesa. Que la hegemonía del mundo se decidía en los mares. Que el gran enemigo era Inglaterra y España no estaba preparada para enfrentarse a ella. El buen marqués consiguió una paz ficticia con el fin de rearmarse y comenzó la gran hazaña de convertir a España en una gran potencia.

Ya Felipe v había decidido dividir nuestras costas en tres partes: el Cantábrico, el Atlántico y el Mediterráneo y seleccionar tres capitales costeras para cabeza de estos tres departamentos: Ferrol, Cádiz y Cartagena, respectivamente. Ensenada trabajó en esa dirección. Todo estaba por hacer. En esas plazas se situarían nuestros barcos, precisaríanse arsenales para armarlos y repararlos. Se necesitarían, por tanto, astilleros modernos para construirlos. Y hombres que supieran hacerlo. ¿Por qué los barcos ingleses eran más eficientes que nuestros viejos galeones? Bien lo sabéis. Don Zenón será pieza clave en mi vida y mi más firme valedor en todo momento.

Estos políticos, a su vez, acudieron a algunas mentes lúcidas que tuve la suerte de conocer y tratar. Personajes insólitamente cultos en un país que desprecia la cultura, que no pertenecen por cuna a la gran nobleza (casi analfabeta y anclada en valores del pasado) y que tendrán que luchar contra todo tipo de envidias y rencillas para conseguir sus propósitos. Ya me habéis oído hablar del padre Feijoo, el padre Sarmiento, del padre Burriel, de Ventura Rodríguez. ¿Y qué decir de mi buen compañero don Antonio? Nada os tengo que añadir acerca de nuestro buen amigo y primo vuestro don José. Me pregunto si la labor científica, intelectual y cívica de todos ellos alcanzará para cambiar el curso de la historia o, pasados unos años, no solo perderemos nuestra Armada, sino que el reino volverá a enfangarse en nuevas guerras y nuestros reyes tornarán a sus pabellones de caza, ajenos al devenir de su pueblo.

Confío en que esto no sea así. Me da vueltas a la cabeza

escribir a nuestro rey un texto que sea mi despedida en el que le advierta de los peligros que para nuestra Armada y para nuestros intereses tienen ciertas medidas que, tras la defenestración de Ensenada, se están llevando a cabo. Pero nunca me las di de visionario ni de irrespetuoso. No sé. Ya veré.

De momento, mi mayor ilusión es, como os dije, viajar a nuestro Ferrol y ver a la criatura con mis propios ojos. Y termino con una reflexión que ya me habréis oído más de una vez, aquella que se refiere a la capacidad creadora que poseen quienes otorgan los nombres.

Porque todos los nombres tienen un porqué. Elegirlos bien lleva su tiempo. Los padres tienen nueve meses para pensar, ilusionados, el que mejor nombrará ese rostro que aún no conocen. Los dueños bautizan a sus mascotas. Mientras esperan a que concluyan las obras, los futuros poseedores de la mansión eligen qué nombre llevará. Lo mismo sucede con aquellos que tienen un barco, sea una humilde dorna de pescadores o un galeón español. Los escritores, y alguno conozco, pasan largo tiempo ideando cómo se llamarán sus personajes. Y algunos de estos serán quienes se nombren a sí mismos, como Alonso Quijano, que experimentó en el primer capítulo de la obra que narra sus hazañas esa fiebre bautizadora. Pero pocos privilegiados pueden dar nombre a una ciudad entera. Algunos legionarios romanos, el gran almirante don Cristóbal Colón u otros descubridores.

En mi caso, y no me quejo, bauticé a todo un barrio. Un barrio que diseñé y mandé construir yo mismo, por orden real, eso sí. Un barrio que convirtió una pequeña villa de pescadores de la ría en la cabecera del Departamento Marítimo del Norte de nuestro reino. Y creedme. No tardé demasiado tiempo en saber que se llamaría como vos. Como os escribí hace años...

Se llamará *Magdalena*.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO: LOS AÑOS VIAJEROS.....	17
CAPÍTULO 1: ACCIDENTE EN LA GRAÑA.....	19
CAPÍTULO 2: CONVALECIENTE EN EL PAZO DO MONTE.....	23
CAPÍTULO 3: MAGDALENA SABE ESCUCHAR.....	29
CAPÍTULO 4: COMENZARÉ LA HISTORIA POR EL PRINCIPIO..	33
CAPÍTULO 5: UN JOVEN GUARDIAMARINA EN CÁDIZ.....	39
CAPÍTULO 6: LA EXPEDICIÓN DEL VIRREINATO DE PERÚ	45
CAPÍTULO 7: DE REGRESO EN PARÍS	57
CAPÍTULO 8: TRABAJO DE REDACCIÓN EN MADRID.....	63
CAPÍTULO 9: ESPIONAJE EN LONDRES	69
CAPÍTULO 10: Y LLEGAMOS A FERROL	79
 LIBRO SEGUNDO: LOS AÑOS CONSTRUCTIVOS	 83
CAPÍTULO 1: CONSTRUIR UN NUEVO MUNDO NUNCA FUE SENCILLO	 85
CAPÍTULO 2: LA BOTADURA DEL PRIMER NAVÍO, EL SAN FERNANDO.....	91
CAPÍTULO 3:EL AÑO LITÚRGICO.....	97
CAPÍTULO 4: INTERLUDIO ESTIVAL EN LA CORUÑA.....	101
CAPÍTULO 5:UN PASEO POR LA RÍA.....	107
CAPÍTULO 6: LA CASA DEL REY.....	117
CAPÍTULO 7: BODA EN LA CORUÑA.....	121
CAPÍTULO 8: DÍAS DE SOLEDAD.....	127
CAPÍTULO 9: EL DÍA DE LA SEÑORITA.....	133

CAPÍTULO 10: DESPEDIDA.....	139
LIBRO TERCERO: LOS AÑOS ALEJADO DE FERROL (1755-1773).....	143
CAPÍTULO 1: EN CÁDIZ.....	145
CAPÍTULO 2: EL FIN DE ENSENADA.....	151
CAPÍTULO 3: LA ASAMBLEA AMISTOSA LITERARIA.....	157
CAPÍTULO 4: UN NUEVO REY.....	165
CAPÍTULO 5: UN NUEVO BARRIO.....	169
CAPÍTULO 6: LAS REALES OBRAS.....	175
CAPÍTULO 7: LA DESPEDIDA DE UN AMIGO.....	181
CAPÍTULO 8: SAN ANDRÉS DE TEIXIDO.....	185
CAPÍTULO 9: MISIONES EN MARRUECOS Y MADRID.....	193
CAPÍTULO 10: SE LLAMARÁ MAGDALENA.....	205
EPÍLOGO.....	213
BIBLIOGRAFÍA.....	217
NOTA FINAL.....	227
APÉNDICE I: INSCRIPCIÓN EN LA PUERTA DEL DIQUE.....	229
APÉNDICE II: EPITAFIO DE DON JORGE JUAN SANTACILIA.....	231
APÉNDICE III: LISTADO DE LOS NAVÍOS CONSTRUIDOS EN FERROL Y GUARNIZO POR EL INGENIERO INGLÉS RICHARD ROTH.....	235

LIBRO PRIMERO:
LOS AÑOS VIAJEROS

Ferrol, julio de 1751

CAPÍTULO 1:

ACCIDENTE EN LA GRAÑA

Llevaba muchos días sin apenas pegar ojo. Las obras del nuevo Arsenal del Parque no iban al ritmo que a él le gustaría. Había tenido que discutir mucho con su compañero el teniente general del Cuerpo de Ingenieros, don Cosme Álvarez de los Ríos. Y cuando, por fin, había conseguido que este diera su brazo a torcer y modificara sus planos iniciales, llegó el momento de transmitir sus ideas a los obreros encargados de dar forma a las mismas. Pensó, ingenuamente, que con unas órdenes simples y escuetas estos hombres comprenderían lo que él deseaba que hicieran. Pero una serie de pequeños accidentes, de retrasos inexplicables, de errores de bulto, le habían hecho comprender la raíz del problema. Aquellos hombres no sabían leer ni escribir, nadie se había preocupado tampoco en enseñarles un simple croquis del enorme y especializado edificio que estaban construyendo. Muchos de ellos eran solo unos muchachos, expósitos o vagabundos, sin pizca de educación. Tampoco eran conscientes de que dicho edificio formaría parte de un mayor complejo de instalaciones, el Arsenal, que convertiría esta vieja aldea de pescadores (que solo dos décadas atrás contaba apenas con 200 habitantes) en la capital del Departamento Septentrional.

Había sido idea de nuestro buen rey don Felipe v, allá por 1726, dividir el enorme litoral en tres zonas: Ferrol para el Cantábrico, Cartagena para el Levante, Cádiz para el Mediodía. Posteriormente

te, su hijo don Fernando, a través de su ministro de Marina, el marqués de la Ensenada, le había encomendado que dotara a nuestro reino de los más potentes arsenales en cada una de dichas capitales. Y las Reales Obras se habían emprendido, por si fuera ya poco embrollo, de forma simultánea en tres puntos tan distantes del reino. Y él había sido nombrado coordinador de las mismas. En Ferrol, concretamente, en una lucha titánica contra el mar al que se le había ganado terreno, además del Arsenal y los más modernos astilleros, se pensaba crear la más esclarecida escuela de guardiamarinas. Todo a la altura de la flota que había descubierto y colonizado el Nuevo Mundo y que no se podía permitir (ojalá no fuera ya demasiado tarde) ceder el testigo de su hegemonía a sus enemigos.

Los técnicos navales ingleses, que con tan gran riesgo había conseguido traer a nuestro país después de aquellos largos meses de espionaje, o bien estaban ya trabajando a destajo en el nuevo Astillero, o bien se habían dispersado por las obras de Cartagena y Cádiz, o bien se habían quedado en Madrid, diseñando planos y discutiendo todavía el nuevo método de construcción naval que estaba acabando con el viejo de Gaztañeta. Y él, con el cargo de presidente de la Junta de Constructores, había venido al norte, tras un viaje infernal por aquellas montañas que atravesaban peregrinos. Él sí era un auténtico peregrino. Y su travesía nada tenía que envidiar, en dificultades, a su propio periplo por el virreinato de Perú. Al final había venido solo.

Y había tenido que contratar, eso sí, en un número muy elevado, a las gentes sencillas del contorno. Y había de todo: buenos pescadores y mariscadores de San Julián de Ferrol, de Neda, La Graña, San Felipe, Mugaridos u otro punto de la ría, que como mucho sabían remendar sus redes; labriegos del Val y Serantes, expertos conocedores de sus cultivos y ganados; operarios del recién abierto Astillero de Esteiro que el año anterior había sustituido al primitivo de La Graña, muy hábiles constructores tanto de fragatas como de pequeñas dornas; rapaces, muchos rapaces. Todos eran muy voluntariosos, pero pocos habían puesto en pie en su vida ni un solo muro de carga.

Así pues, no tenía un minuto que perder. Máxime cuando estaban en capilla para la ceremonia de la botadura del primer navío construido en el nuevo Astillero. La pequeña villa, ante tal evento, se llenaría de representantes civiles, militares y eclesiásticos. Se esperaba incluso un delegado regio que se encargaría de representar al propio rey. Se había dispuesto, con la connivencia del propio marqués de la Ensenada, que dicho barco se ofreciera como homenaje a nuestro rey. Se hablaba de hacer coincidir su botadura con su onomástica u otra fecha conmemorativa de san Fernando y, tal vez, unir ambos en un solo nombre. No, el tiempo no sobraba.

Se levantaba temprano, llegaba al tajo el primero y se ponía a dibujar planos. Cuando llegaban los obreros más jóvenes, aquellos a los que apenas les había salido la primera barba, los reunía en la capilla de San Amaro. Allí fray Julián, del convento de padres franciscanos del viejo Ferrol, les decía una misa rápida y luego él tomaba la palabra. Se subía al púlpito y les contaba con palabras sencillas su visión de la obra, les mostraba los planos y les explicaba la tarea del día. Una vez acabada la clase teórica, que, a decir verdad, era él quien más disfrutaba, se ponían manos a la obra. Siempre le había gustado el oficio de maestro. Desde sus primeras letras con los jesuitas, había admirado a los buenos profesores y sabía de su crucial misión si queríamos ilustrar este viejo reino nuestro. Algún día se preocuparía de organizar una escuela para la maestranza en condiciones. Soñaba con ofrecer a sus muchachos una mínima formación (más práctica que otra cosa) que incluyera saber leer y escribir y conocer las cuatro reglas.

Cuando concluía la disertación teórica diaria, los jóvenes salían de la capilla, se reunían con los mayores (algunos de los cuales ya habían bebido más de la cuenta a esas horas tempranas y que los miraban con cierta sorna) y, todos juntos, se dirigían a la obra a comenzar su jornada. El ingeniero se quitaba entonces la casaca, se arremangaba la camisola y se convertía en uno más de sus obreros.

Sin embargo, aquel día nuestro ingeniero no trabajaba en el Arsenal. Lo habían llamado de la base militar de La Graña para

mostrarle un barco que estaba siendo reparado. Hasta allí se había desplazado en una lancha cruzando la bahía de La Malata, en compañía de fray Julián, quien, una vez acabada la misa de San Amaro, se trasladaba por este medio a La Graña para doblar misa allí. De vez en cuando, le gustaba volver a subirse a un barco, aunque este solamente estuviera varado, y recordar sus largos años de embarque. Le solían pedir su opinión cuando alguna reparación se torcía. No siempre se contaba con la máxima autoridad en materia de construcción naval a mano. Y él lo hacía encantado. Pero ese día..., ese día, por poco más casi cambia su suerte. Si bien podemos decir que, en cierto modo, cambió.

Tal vez se debió a un descuido de un marinero, tal vez a su propia falta de sueño que le mermó sus reflejos. El caso es que una jarcía rota se soltó de repente y, golpeándole con violencia en la cabeza, le hizo perder el equilibrio y precipitarse. Menos mal que la marea estaba alta y cayó al mar, porque si no se hubiera estrellado contra las rocas. Tras unos instantes de estupor y de pánico en los que los marineros pensaron que el señor ingeniero se había matado, don Jorge fue sacado del agua por hasta tres testigos del suceso, entre ellos el pobre marinero encargado de probar la resistencia de las jarcias en ese momento. Avisado de urgencia, fray Julián, que acababa de misar, acudió temiendo que tan solo pudiera ofrecer ya consuelo para su alma. Allí mismo recibió la atención del médico. Pero el ingeniero no respondía, aunque era cierto que respiraba. El propio fray Julián fue quien decidió que, ante los problemas eventuales que padecía el venerable y antiguo Hospital de la Caridad, provisionalmente utilizado para alojamiento de tropas, donde mejor podía ser atendido el enfermo era en el Pazo do Monte.

Y con el mayor de los cuidados, cruzando de nuevo la ensenada de La Malata en sentido contrario y luego en carruaje, fue trasladado hasta allí.

CAPÍTULO 2:

CONVALECIENTE EN EL PAZO DO MONTE

El Pazo do Monte en realidad no estaba construido sobre tal. Como mucho, se podía decir que se alzaba sobre una suave colina. En las tierras de Santa Icíá de Trasancos, el primer dueño, don Pedro Bernardo Bermúdez de Mandiá, VII señor jurisdiccional de la propia Santa Icíá, así como de Xuvia y Caranza, lo había mandado edificar en los años 30. Su hijo y heredero, el actual propietario, don José María Bermúdez de Mandiá y Pardiñas-Villardefrancos, continuaba mejorando el caserón y las construcciones adyacentes. Este joven caballero reunía en su persona dos condiciones asaz afortunadas. No solo era uno de los pocos representantes de la hidalguía en la comarca, sino que poseía la más saneada economía de la misma. Según documentos que celosamente se guardaban en su archivo, la familia poseía 337,7 ferrados y 16 casas. Algunas de ellas en los terrenos adyacentes al Campo de San Roque, donde se pretendía edificar la Casa del Rey, es decir, la sede donde residirían los almirantes y máximas autoridades de la nueva ciudad departamental. Además, su prestigio social y económico era de tal envergadura que no necesitaba intervenir directamente en las labores de representación y gobierno de la villa. Si bien se cuidaba muy mucho de defender sus intereses.

De entre todas sus casas, él prefería habitar en el Pazo do Monte. Y de entre todos sus jardines, su favorito era el Campo de San Roque, al lado del vetusto convento franciscano, donde vivía nuestro fray Julián. Don José María era hombre devoto, hijo de confesión de dicho fraile, quien había bautizado tanto al joven como a su única hermana, Magdalena Bermúdez de Mandiá, a la sazón una despierta muchacha de quince años que, huérfana desde muy niña, era el orgullo a la par que la máxima preocupación de su solícito hermano.

Este había intentado que su formación se ciñera a los dictados propios de las nobles damas: lecturas piadosas, lecciones de piano, bordado... Pero ella devoraba los viejos libros de la biblioteca de sus mayores y asaltaba a su hermano con preguntas y más preguntas sobre astronomía, botánica, geografía, expediciones navales, historia militar... Su mayor sueño era embarcar en alguna de esas grandes naves que veía doblar más allá de la Torre de Hércules y que salían del puerto de La Coruña. El hermano, ávido lector que había estudiado Leyes en Santiago y que se preciaba de poseer una sólida formación, contestaba al principio con agrado a las preguntas de la muchacha. Pero al irse complicando estas, fray Julián tuvo que sustituirlo. Era muy normal ver a ambos (a la muchacha y al viejo fraile) paseando por la huerta del pazo o por el Campo de San Roque enfrascados en sus conversaciones. Últimamente, el tema era siempre el mismo: las obras del arsenal, el nuevo mundo que tenían el privilegio de ver surgir ante sus propios ojos:

—Aquí quieren construir una Real Compañía de Guardiamarinas, con un observatorio astronómico que permitirá a los jóvenes estudiantes conocer el movimiento de los astros y otros elementos necesarios para saber guiar una embarcación.

—¿Y podrán acudir mujeres?

—¡Jesús, Magdalena! ¡Qué disparates estáis diciendo!

—¿No es este el Siglo de las Luces? Si la mitad de la población sigue a oscuras, será el siglo de los tuertos...

—No sé por qué me molesto... —al final, era tal el mohín de

disgusto de la joven que el buen fraile a veces tenía que ceder—. Bueno, se lo diremos al señor don Jorge Juan a ver si dispone que algunas niñas listas puedan ingresar también en la nueva compañía.

—¿De veras? ¿Y cuándo me vais a presentar al señor don Jorge?

—Ni que no tuviera otra cosa que hacer que visitarte a ti. Has de saber que es un hombre muy ocupado. Y una verdadera eminencia. Ha recorrido medio mundo y ha participado en ilustres expediciones científicas. Los franceses lo tienen por un sabio. Y hasta esos demonios de los ingleses lo aprecian.

—¿Y dónde está ahora?

—Pues, como siempre, en la obra. ¡Y bueno es él! En vez de esperar en los despachos, ahí lo tenéis, de continuo en el tajo, trabajando con sus manos como el que más. En fin, os lo presentaré, lo prometo. Él mejor que yo podrá saciar esa sed de conocimientos que, para mi desgracia, os posee.

Pues el momento para Magdalena de conocer al ilustre científico había llegado. Pero no fue en la forma en la que ella lo había imaginado: acudiendo a su salón, elegantemente ataviado, con su peluca blanca. Llegó al pazo inconsciente, portado en camilla, con el rostro descompuesto y las ropas sucias y rotas. Fue instalado en la mejor habitación, la de la galería que daba al sur, protegida de los vientos del mar abierto. Pasó dos días y dos noches sin volver en sí, en los que se temió por su vida. Asistido constantemente por el médico don Armando, por fray Julián y por el propio don José María. Magdalena, sin molestar, disponía lo necesario para que fuera atendido de la mejor manera posible. Desde luego, se comportó como una auténtica ama de su casa.

¿Por qué no podía ir a Cádiz? ¿Por qué justo ahora que había visto claro su futuro, que deseaba con todas sus fuerzas probar la capacidad de su mente en problemas matemáticos oscurísimos, que ansiaba llevar al límite el poder de sus brazos levando anclas y que anhelaba demostrarse a sí mismo que no tenía miedo de per-

der el equilibrio en la cofa y que parecía por asombrar a toda una tripulación con sus extraordinarias dotes de mando?

Pues, no señor, justo ahora, recién llegado de aquel paraíso meridional, donde había concluido la primera etapa de su formación y había tomado su decisión vital más trascendental, tenía que esperar no se sabe cuánto tiempo...

Notaba la frente ardiente y la garganta seca, pero no era capaz de moverse ni de hablar. Solo tenía ante sus ojos la dichosa carta con el membrete de la Real Compañía y la escueta frase: «Sentimos comunicar que en estos momentos no disponemos de ninguna vacante...». Ninguna vacante... Ninguna explicación más, ninguna palabra de esperanza, ninguna posdata que pusiese un plazo a la terrible espera. Ninguna... ¿Qué diablos sentirían ellos? No les preocupaba lo más mínimo truncar la vida de uno más. Seguro que habían expedido muchas más cartas como aquella, que estaban siendo repartidas por todos los rincones de ese imperio, torre de naipes, cuyos nobles ya no podían vivir de las rentas y debían buscar un oficio, más o menos digno, para sus muchos hijos. ¿Cuántos jóvenes como él estarían leyendo esa misma misiva? «Sentimos comunicar que en estos momentos no disponemos de ninguna vacante...». Ninguna vacante... Pero seguro que ninguno tan decidido, tan preparado, tan necesario como él.

Le dolía la cabeza y la sed era insoportable. Notaba manos junto a él. Manos frescas, de mujer, que le aliviaban el calor y le daban alas para seguir luchando. Manos como las de su madre, doña Violante, que le acariciaba como a un niño y le decía que ahora todo estaba en otras manos, las de Dios. Cuánto rezó esos meses, esos interminables seis meses...

Al tercer día, el enfermo salió del trance y pudo hablar. Por supuesto, lo primero que hizo fue preguntar por las obras y exigir su presencia allí. Don Armando se lo prohibió tajantemente y fray Julián trató de tranquilizarlo diciéndole que el otro ingeniero, don Cosme, estaba al cargo de todo. No sabemos si eso preocupó más

a don Jorge o no, pero no le quedó más remedio que permanecer en cama. Pues, en ese momento, apareció por la puerta de su alcoba quien sería su más eficaz enfermera y la más implacable de las carceleras.

